

De la inteligencia

Todo se aprende en la escuela, menos a pensar y obrar. El más inteligente, el más docto en cualquiera materia, no sabe dirigir su inteligencia.

Los confeccionadores de programas de estudios parece como si trabajaran para seres abstractos que no estuviesen sometidos a las necesidades fisiológicas de la inteligencia humana, de las que olvidar es la primera.

¿Qué queda de todos los hechos concretos que se aprenden en las clases?

En realidad muy pocas cosas.

Ultimamente algunos universitarios creyeron descubrir ese vicio examinando a jóvenes salidos de la escuela primaria desde hacía cinco o seis años, y cuyos cerebros, aplicados a un trabajo estrictamente manual, nuevamente habían quedado yermos. Y se maravillaban de ello. Pero, desde mucho tiempo ha, las escuelas de adultos revelan el mal luchando contra él. Y este mal es universal. Dicen los médicos que hay que aprender siete veces la anatomía para conocerla. Pero quien no la practica constantemente, lo propio que el cirujano, la pierde después de la séptima repetición como después de la sexta; el número de olvidos de que es capaz la memoria relativamente a un asunto aparte de las diarias preocupaciones, es, por decirlo así, indefinido.

Si tras largos estudios de todo género se procurase formar el inventario de lo que queda de nociones concretas, nos avergonzaría ver lo poco que de ellas se ha conservado.

El inmenso granero de ideas constituido por el trabajo, conviértese en laberinto, en el que muchos departamentos están vacíos y varios conservan imágenes deformadas y risibles.

Tengo cuarenta años y hace treinta que me fatigo sobre los libros y la observación de los hechos, y no podría, de golpe y porrazo, encontrar—sobre ninguna de las ciencias que he cultivado—las respuestas que se piden a los alumnos y que he dado en diversas ocasiones en mi tiempo.

He aquí una observación comprobada, general por lo demás, que debe ser meditada por los que constituyen exámenes. Así como así están los libros para substituir facultad tan engañosa como la memoria, para todas las profesiones hay formularios, anuarios que refrescan los recuerdos borrados.

Pero, entonces ¿qué queda de la educación y por qué nos instruimos si tan poco se retiene? El objeto es completamente distinto.

Debemos esforzarnos en desarrollar la inteligencia, es decir, la facultad de comprender y asimilarse los hechos: reconocerlos, y en caso necesario comprobarlos, hacer la crítica de las ideas y apreciar su relatividad y la parte hipotética, reconocer los prejuicios y distinguirlos de los conocimientos ciertos, no ser víctima ni de la fuerza de autoridad ni de la ley del esfuerzo menor—que ambas a dos tienden a imponernos nociones sospechosas,—razonar con exactitud en su profesión como en los negocios de la vida privada, reaccionar en conformidad a las excitaciones exteriores, tener iniciativa, combinar sus actos con la mira de resultados descontados.

Para alcanzar esta superioridad, precisan ejercicios de gimnasia intelectual, pero no todos son igualmente buenos. Es todavía necesario no perder jamás de vista que los mejores no son siempre más que medios y hay que guardarse de tomarlos como fines, lo que conduciría a soltar la presa por su sombra. La aptitud más bien que el conocimiento, he ahí lo que debemos esforzarnos en adquirir.

El buen sentido popular, por otra parte, no se deja engañar por los falsos aspectos de la inteligencia. Una persona podrá ser muy instruida, graduada en todas las facultades y laureada en concursos superiores, hasta poseedora de cátedra y de fun-